

Pascua A14—Abril 5, 2015

Hechos 2:22-24, 32, 36

Salmos 118:1-3, 13-23

Isaías 25:6-9

I Corintios 15 (selecciones)

Juan 20:1-18

¡Alguien me llama por mi nombre!

Hay un cuento sobre el último día de enseñanza de George Santayana en Harvard. El gran filósofo había recibido una herencia tremenda y decidió jubilarse. Para su última clase, el aula estaba repleto de estudiantes. Durante sus comentarios finales, echó un vistazo a la ventana. En un parche de nieve lodosa una masa de forsythia apenas estaba floreciendo a un amarillo glorioso.

Santayana repentinamente paró, levantó su gorro, guantes y bastón, y caminó hacia la puerta. Después, se voltio y dijo en voz suave, “Caballeros, no podré terminar esa oración. Acabo de enterarme que tengo una cita con Abril.”

Eso algo así como la resurrección, ¿no?—al menos, como lo cuenta Juan. Es como Jesús, tres días profundamente en la muerte, y como el Credo dice, en el Infierno predicando las Buenas Nuevas, viendo a las pobres almas escuchando y diciendo, “Temo no poder terminar. Acabo de enterarme que tengo una cita con...la resurrección.”

Diferente a los otros evangelios, en Juan todo es de bajo perfil. En Juan, Jesús no revienta del sepulcro; no hay un relampagueo de energía, la tierra no retumba mientras la piedra es removida. De hecho, no se nos dice nada sobre la resurrección en sí—al fin y al cabo, nadie estaba ahí para observar el momento mismo.

Ese momento, me supongo, nunca fue destinado para nuestros ojos. Parece que fue un asunto privado, íntimo entre Dios y el Hijo de Dios. Lo único que sabemos es que el amor de Dios era tan profundo y fiel que no sólo llenó un sepulcro pero también entró un cadáver, calentando sus extremidades frías, dando aliento a los pulmones silenciosos, movimiento a manos y pies duros, dando latido a un corazón quieto.

Pero, una vez que sucedió, y ya que era hora de dejar al mundo saber de esta maravilla, ¿no esperaríamos, en la narración, algo un poco más grandioso—algo majestuoso—como Jesús triunfante, anunciando su victoria sobre la muerte y el mal acompañado por trompetas y un cielo lleno de arco iris?

En vez, Juan comienza su narración de la resurrección diciendo, simplemente, “*María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro.*” María, agotada de pérdida y duelo y llanto, é incapaz de dormir, se levanta y va al cementerio y una cueva pequeña con una piedra grande removida de la puerta. Cuando va en camino ve una racha delgada de luz sobre la colina donde las tres cruces están paradas y vacías. Es más de lo que puede aguantar.

Y después, “*María.*” Sólo eso. “*María.*” No es exactamente la primera palabra que esperaría de una persona que acaba de regresar de la muerte y una estadía de tres días en un sepulcro.

Es decir, apenas habían pasado pocos días desde que parecía el fin. Como miles de otros que estorbaron, es humillado, golpeado brutalmente, clavado a una cruz, alzado al aire y tirado a un hoyo, pulmones colapsando, deshidratado, perdiendo sangre—y, cuando ya no podía aguantar más, dice, “*Todo se ha cumplido,*” y muere. Le envuelven en un velo y lo cargan y recuestan en un sepulcro y lo sellan. Está muerto, violentamente muerto, descomponiéndose muerto, maloliente muerto, frío muerto, tres días enteros de muerto.

Y, ahora, es domingo por la mañana, la piedra ha sido removida de la entrada, la tumba está abierta...y, vacía. Él no está muerto y pudriéndose; no, ¡está vivo y sano! Es estupendo, es fantástico, es maravilloso, es imposible—y es verdad.

¿Todo esto no debería ser contado en tecnicolor de pantalla amplia con un sistema de sonido, con estrellas y lunas y planetas en línea, deletreando en altura de años luz la palabra, “¡Resucitado!”? En vez, el Cristo resucitado hace su primer presentación a una mujer que ni lo puede reconocer porque sus ojos están llenos de lágrimas.

Parece que no todo está bien. Es decir, si intenta hacer que su entrada sea una persona a la vez, ¿qué no hay otros discípulos más dignos con quien comenzar? ¿No sería una mejor opción elegir a Pedro o Juan? Al fin y al cabo, ellos están ahí también.

Y ellos son como queremos que nuestros seguidores de Cristo sean—hombres de acción, no como María, sentada al lado, llorando, retorciéndose las manos, preguntándose que hacer porque el cuerpo del crucificado el viernes ha sido robado.

No, corren al sepulcro, entran y miran a su alrededor—y ahí ven las ropas de entierro dobladas en dos montones ordenados, como si alguien se hubiera despertado de un sueño largo, tendió la cama, dobló las cobijas y salió por el día. Y por lo menos uno de ellos comienza a sacar conclusiones—y, cree.

Por lo tanto, si Jesús va hacer su entrada, ¿por qué no la hace ahora, con estos dos discípulos entusiastas, creyentes? ¿Por qué no dice sus nombres, “Pedro,” “Juan”? ¿Por qué espera que se vayan? ¿Por qué espera a María?

No lo sé. Pero eso es lo que hace. Escoge a María como el primer testigo a la resurrección, a ser la primera en observar la maravilla de lo que Dios ha hecho—a pesar del hecho que es una mujer y no un hombre, y por eso, en esa cultura, una persona de segunda clase, indigna de atención. “*María,*” le dice.

Pero espera. ¿Que no es esta María Magdalena, de la ciudad de Magdala en Galilea, quien, según la tradición, es una prostituta? Algunos dicen que es la mujer traída a Jesús después de haber sido atrapada en el mismo acto del adulterio. O quizás la mujer que irrumpió a la cena formal, y para la sorpresa y horror de todos, hace un drama cuando baña los pies de Jesús con sus lagrimas, secándolos con su pelo, después besándolos y ungiéndolos con perfume.

No sabemos por seguro. Pero si sabemos que esta María estaba turbada—poseída de demonios, siete para ser exacto, hasta que Jesús la libra. Considerándolo todo, es una mujer con un pasado, un pasado que debería hacerla indigna, ¿no crees?, de que sea la primera en verlo vivo.

Aquí está una mujer con lagrimas corriendo por sus mejillas, tan perdida en duelo que ni puede pensar bien. ¿Qué no fue suficiente que lo mataron, pero ahora, para empeorar las cosas, han robado su cuerpo? Está tan perturbada que no se puede imaginar otra posibilidad. Nunca se le ocurre que Él puede estar vivo. Aunque ve exactamente lo que los hombres ven, y más, no se lo puede imaginar.

Es decir, hasta que Él la llama por su nombre.

Y, con “*María,*” todo cambia. Hasta ese momento, Él sólo es el jardinero, alguien para ayudarla localizar el cuerpo. Hasta ese momento su corazón esta quebrantado y sus lagrimas corriendo. Pero, con “*María,*” ella sabe.

Dos de los discípulos están convencidos por un sepulcro vacío. Ella es convencida escuchándolo decir su nombre. Y repentinamente recuerda la primera vez que escuchó su voz.

“*María,*” dice. “*¡Rabino!*” dice ella. Y, lo único que puede hacer es llevarle y agarrarse de Él, temiendo que si lo suelta lo perderá otra vez.

Ahora, esto es lo que aprendo de todo: No sé que demonios están traqueteando en su pasado. No sé que le hará sentir indigno(a) escuchar a Jesús llamarle por su nombre. No sé que parte de usted le omite como el sexo de María y su pasado la omitían.

Pero, si sé que aunque no salemos en busca de Jesús, Jesús siempre viene a buscarnos. Él viene a nosotros, y nos llama por nuestro nombre—y no los nombres que este mundo nos da.

No, nos llama por nuestro nombre verdadero, no sólo para dejarnos saber que está vivo, pero que desea que nosotros vivamos también, que salgamos de los sepulcros de nuestro pasado, que nos quitemos las ropas de entierro de culpa y vergüenza, que deslicemos los vínculos que nos atan en temor y adicción—y, que sintamos la calidez llegar a nuestros corazones y aliento a nuestros pulmones, que nos levantemos y caminemos hacia la promesa radiante del nuevo día de Dios.

Corta en la fe, turbada por demonios, cargando con un pasado, una persona de tipo equivocado—esa es María—y esa persona es usted, y soy yo.

No, no somos los mejores y más brillantes de sus discípulos. Pero, conoce nuestros nombres y cuando le escuchamos llamarnos, nuestras lagrimas se secan. Nos conoce. Nos ama. Está vivo.

Así que recoja sus cosas. Levántese. Vayamos. Nosotros también tenemos una cita con la resurrección.

Amen.